



GERTRUDE STEIN

minúscula



## París Francia

GERTRUDE STEIN, *París Francia*, traducción de Daniel Najmías, Minúscula, Barcelona, 2009, 119 pp. ISBN 978-84-95587-572 (*Paris France*, 1940).

“PARÍS Francia es emocionante y tranquilo.” Esta es la fórmula con la que Gertrude Stein empieza su obra, *París Francia*, y que reutilizará una y otra vez, sirviéndose de ella como hilo conductor a través de sus páginas.

El texto nos llega publicado por la editorial Minúscula, como parte de la colección “Paisajes Narrados”, que nos presenta una serie de diarios, reportajes, fábulas y mezclas de todo ello, ofreciendo un enfoque original sobre lugares reales o imaginarios. En este caso se trata de la curiosa forma de experimentar París que vivió Gertrude Stein.

Stein nació en Pensilvania en febrero de 1874, en el seno de una familia burguesa, y creció en California. A los cuatro años, sin embargo, tuvo su primer contacto con París. Tras estudiar en Radcliffe, habiendo muerto sus padres, se mudó con su hermano Leo a París el año 1903. Leo era crítico de arte. Gertrude era joven y lo suficientemente acaudalada como para poder servir de mecenas a la vanguardia artística, a la generación que haría el arte y la literatura del siglo XX.

Ambos factores colaboraron para hacer posible que el salón de la *27 Rue des Fleurus* atrajera a los pintores y autores que formarían el círculo decisivo para el arte del nuevo siglo, en el que se movían personalidades como Cézanne, Monet, Renoir, Gauguin, Picasso, Matisse, Hemingway, Pound... y también Gertrude y su amada Alice B. Toklas.

Alice B. Toklas fue la compañera de Stein, con quien convivió en París y con quien se refugió durante la Segunda Guerra Mundial. Las dos eran judías y lesbianas, por lo que la situación de la guerra no las favorecía en absoluto.

En todo caso, Gertrude Stein funcionó como catalizador —y tal vez de catálisis sea de lo que hablaba, porque “en Francia se adaptan a todo poco a poco cambian por completo pero siempre saben que son como eran”— del arte y la literatura moderna, puesto que su actuación como mecenas y su situación en pleno epicentro del círculo de artistas vanguardistas, unidas a cierta sensibilidad evidente en *París Francia*, le permitieron vislumbrar en la Francia, en el París —pues hay cierta identidad— de finales del siglo XIX y principios del XX las condiciones ideales para el nacimiento de un nuevo siglo.

Como ella dice, los siglos son como las personas. Nacen gateando, pasan una época adolescente y rebelde —la “edad sin sentido”— y luego se vuelven civilizados. La guerra marcó una etapa adolescente, una etapa tras la cual no se podría hablar ya de siglo XIX. El siglo ya no gateaba, era evidente que había entrado en acción el siglo XX.

¿Y qué es lo que hacía de Francia el escenario ideal para el debut del siglo XX? Pues precisamente que era tranquila y emocionante. Que era lógica, pero a la vez madre de la moda. Que tenía “métodos científicos, máquinas y electricidad”, pero no creía que “de verdad esas cosas tuvieran nada que ver con el auténtico asunto del vivir”. Que era conservadora, pero se adaptaba poco a poco. Y seguía siendo lo mismo. Como siempre.

A través de esta sucesión de descripciones y relatos de anécdotas, escrita de un modo muy particular, Gertrude Stein es capaz de acercarnos a esa visión francesa de la vida, a esas características aparentemente triviales pero realmente significativas que convertían París en el marco donde se debía alzar un nuevo siglo. “El milagro de cada día.”

En una ocasión dice: “Nada me produce nunca mayor placer que el uso del francés como lo usa cualquier francés”. Y en cierta manera parece que juega a hablarnos como los franceses, pues en otro punto afirma que el francés es un idioma hablado. Cuando un francés quiere dar a conocer un texto lo lee en voz alta. La puntuación, la estructura de las oraciones, todo tiene un aire que forzosamente nos resulta extraño al leerlo, pero que dinamiza el texto como si en efecto se nos estuviera narrando oralmente. *París Francia* es, entre otras cosas, un experimento lingüístico. “A los franceses les encanta decir una cosa y decirla rotundamente.” “Así son los franceses, no hay convicción, una esperanza y nada más.”

*Adrián Garzón Ximénez*

